

pero otra mano detuvo la mia, y dos ardientes lábios ahogaron el grito en los mios.

Caí en mi lecho inerte y desesperada, y yo, que decia todas las mañanas: «¡Dios mio, haced que le vuelva á ver pronto,» exclamé al dia siguiente entre lágrimas y sollozos: «¡Oh, Dios mio! Haced que no le vuelva á ver jamás.»

.....

FIN DEL MANUSCRITO.

XXXVII.

El regreso de Eva.

Ya hemos visto que este regreso se habia efectuado en una noche lluviosa y fria. La anciana Marta habia reconocido á Eva en la voz, y despues de abrir la puerta se arrojaron ambas en brazos una de otra.

Si hubiera sido de dia; si el tiempo hubiera estado sereno, despues de aquel beso y abrazo se hubiese lanzado Eva en el jardin para recorrer en realidad lo que hacia tres años recorria solo en su memoria.

El árbol de la ciencia, el arroyuelo, la gruta de las meditaciones y el pabellon de los tilos.

Pero esta visita era imposible en una noche sombría, lluviosa y fria.

Subió á su cuartito y le encontró tan puro y virginal como si le hubiera dejado el dia anterior y como si se la esperara de hora en hora. Allí fué preciso contestar á las preguntas que se agolpaban á los lábios de Marta: la anciana tenia tambien una pasion; amaba á Jacobo Merey, no del mismo modo que Eva, pero profunda y apasionadamente.

Pronto pudo notar la anciana que Eva necesitaba descansar, porque estaba extenuada de cansancio y de insomnio.

Quiso desnudarla y subirla como en otro tiempo á la cama; Eva se lo permitió feliz al volver á tomar sus antiguas costumbres, solo que indicó á Marta que al salir la dejara una bujía encendida.

Necesitaba Eva recorrer con la vista todos aquellos objetos que

le eran familiares, y que en presencia de Marta no hubiera podido tener expansion como en la soledad y el silencio.

De modo que, apenas salió Marta, abrió los ojos y se recreó con la vista del ramo bendecido que un día la llevó Bautista y su Crucifijo de marfil, al cual el boj le formaba en derredor como una urna.

Eva reflexionaba en la pureza de su alma cuando había abandonado aquel aposento bendito, y en todo lo que había sufrido desde entonces.

En aquel recinto no existía un solo recuerdo que fuera preciso rechazar ni combatir: era el tiempo risueño y radiante de su vida.

Cuando había pasado el umbral de la puerta de su dormitorio y el de la que conducía á la calle, era cuando habían empezado para ella los dolores, la tristeza, los remordimientos.

Cuando salió Marta se levantó, tomó la bujía y recorrió todos los objetos que no tenían nombre, pero que formaban su universo; los besó, los saludó, se puso de rodillas delante del Crucifijo, aunque no supiera rezar esas oraciones que se aprenden en el regazo de una madre, pero para ofrecer sus dolores al Hombre-Dios, al ejemplo de abnegacion.

Quiso abrir la ventana y mirar al jardín; pero el viento al penetrar apagó la luz, y la lluvia y la oscuridad la impidieron distinguir nada, como si el pasado, en el que anhelaba penetrar, se hubiera cerrado para ella.

Cerró la ventana, buscó el lecho á tuestas, se acostó empapada en agua y tiritando, cubriendo su cabeza con la sábana como si fuera una mortaja.

Allí, en aquella prematura tumba, los objetos se confundieron unos con otros y poco á poco se perdieron por completo. Sentía la impresion glacial que sintió cuando, arrastrada por las ondas del Sena, creyó que iba á morir, y le pareció que se deslizaba por la rápida pendiente de la vida á la muerte.

Después no sintió nada más que una sensacion dolorosa en el corazón, la que desapareció poco á poco, dejándola sin conciencia de que existía.

Creó que estaba muerta: dormía.

No habiendo cerrado las contra-ventanas al acostarse, penetraron muy temprano los rayos del sol, los que, al acariciar el rostro de Eva, la despertaron.

Aquel sol de Marzo, pálido y sin fuerza, pasaba á través las ramas de follaje que empezaban á reverdecen.

Entre aquellos árboles y ella existía un parecido bastante grande, y era, á pesar de los recuerdos del pasado, una especie de impulso á rejuvenecer.

Pero, en fin, aquel rayo de sol, aunque fuera pálido, era un rayo de esperanza, era la realidad de la existencia. Eva abrió la ventana: la lluvia había cesado y hacia una de esas mañanas de primavera, en las que el aire está tan cargado de vapores, que apenas penetra en los pulmones, y que al respirar se siente el pecho oprimido por una atmósfera demasiado pesada.

Todo aparecía lo mismo en el jardín, solo que carecía de cultivo y estaba árido y triste.

Las plantas crecían á la casualidad, como la tristeza en el corazón.

La yerba estaba alta y mojada, el arroyo había crecido con la lluvia y corría fuera de su cauce, el árbol de la ciencia no tenía ni frutos ni hojas, y su copa frondosa se encorbaba con el viento.

El pabellón de follaje estaba reducido á las tortuosas ramas de la parra y parecía una cuna destruida, á cuyo enrejado se enredaban algunos sarmientos marchitos y casi secos.

No cantaba ningún pájaro; su hermoso ruiseñor y sus doce curruacas no habían vuelto todavía, y tal vez no volverían, ó si volvían sería tristes y silenciosos como ella.

Eva no recordaba de los tranquilos días que había pasado en aquella casa más que los de primavera, los ardientes del verano y los poéticos del otoño.

Había olvidado los días melancólicos del invierno, en los cuales no tenía su jardín ni sol ni sombra, y que no estaba animado ni por su alegría, ni por su risueña juventud.

Tuvo que cerrar la ventana y volver á su cama: poco después

oyó pasos; eran los de Marta, que, deseando verla, llegaba á preguntar si estaba ya despierta: la dijo que entrara.

La anciana entró, la abrazó y se preparó como en otro tiempo á encender el fuego en la chimenea.

¡Ay! Para ella no existia el pasado todos los dias habian sido iguales, confundiéndose los de verano con los de invierno, ó más bien habia vivido en una especie de crepúsculo desde el dia en que Jacobo y Eva la habian dejado, hasta la noche anterior, que habia visto volver á la jóven, quien la ofrecia que Jacobo tambien regresaria pronto.

Cuando encendió el fuego, se volvió y miró á la cama.

Eva contestó á su mirada con una sonrisa melancólica.

—Mi querida señorita, la dijo; no sois la misma que cuando estábais aquí anteriormente; sois desgraciada; pero ¿por qué lo sois? Nuestro querido dueño vive, le amais como siempre y él os ama.

—Mi pobre Marta, dijo Eva, los tiempos han cambiado mucho.

—Sí, dijo la anciana; hemos sabido que habeis perdido á vuestro padre y á vuestra tia, y que á consecuencia de esto habia sido confiscada vuestra fortuna; porque ¿quién lo hubiera dicho, que la pobre niña sin palabra ni movimiento era una de las herederas más ricas del país? Pero han dicho tambien que, gracias á la proteccion de uno de los grandes señores actuales que han brotado en lugar de los antiguos, os habian devuelto vuestra fortuna.

—¡Oh! no me hables de eso, no me hables jamás, querida Marta. Vuelvo aquí más pobre, más desgraciada, más desprovista de todo que nunca.

—¿Y Escipion? añadió Marta; apenas me atrevo á preguntaros por él: ¡pobre animal! dejó todo por seguiros.

¡Ah! Si nuestro buen amo hubiera podido hacer como él, lo hubiera hecho, porque él y nuestro inteligente perro eran los que más os amaban en el mundo, y yo despues de ellos.

—Escipion ha muerto, mi buena Marta, y entre los dolores que me han agobiado, el de la muerte de mi pobre perro ha sido uno de los más crueles.

—Pero, en fin, dijo Marta, que no comprendia bien todo lo que

sucedía; nuestro dueño, mi querido amo os ama como siempre, ¿no es cierto?

Eva rompió á llorar.

—¡Oh, no me hables nunca de su amor! ¿Lloraria yo si me amara como anteriormente? ¿Hay algo en el mundo que pueda causarme tan honda tristeza, júbilo, sonrisa ó lágrimas si no fuera su amor?

—¡Oh! Si me amara siempre, si yo creyera que algun dia su corazón volveria á ser mio, ¿no estaria dia y noche aguardándole en el umbral de la puerta puesto que debe volver?

Marta bajó la cabeza; se comprendia que toda la inteligencia que conservaba la pobre anciana se ofuscaba con este enigma.

—¡Vive todavía y no la ama ya!

Ella, que leia en el corazón de su amo, no comprendia que aquel corazón, que solo latia por Eva, pudiera vivir sin aquel amor; pero era pobre, y como todos los que están sometidos á la voluntad ajena, era resignada. Era una nueva desgracia, como otras muchas que habia visto caer sobre la humanidad.

Inclinó la cabeza y se dijo á sí misma:

—Puesto que sucede, es que deberia suceder.

Y se conformó, como se habia conformado siempre cuando la desgracia la habia herido.

Miró á Eva y la vió con el pañuelo sobre los ojos; las palpitaciones de su pecho levantaban la sábana, y para dejar en libertad aquel dolor, salió de puntillas para que no la sintiera Eva.

Pero ninguno de aquellos pensamientos delicados pasaron desapercibidos. Los sentidos se perfeccionon con el dolor; y si Marta hubiera expresado en voz alta lo que sentia, no la hubiera comprendido Eva mejor que lo leyó en su corazón.

Eva permaneció inmóvil, y poco á poco se calmó aquel pesar tan vivo que Marta habia causado con sus preguntas; pero las lágrimas son como la sangre, que cuando se contienen no vuelven á correr sino cuando se las provoca de nuevo.

Eva oyó dar las nueve en el reloj de la iglesia.

En otro tiempo, Marta, al dar la última campanada, entraba en la habitacion y decia:

—Mi querida señorita, el almuerzo os espera.

Todavía no se había extinguido el último sonido de la campana, cuando Eva oyó los pasos de Marta, quien abrió la puerta de su cuarto, y con voz más triste que la acostumbrada, repitió la fórmula de otras veces:

—Mi querida señorita, el almuerzo os espera.

—Muy bien, Marta; ya voy, respondió Eva.

Marta volvió á cerrar la puerta: Eva se vistió y bajó.

Nada había cambiado en el comedor: la mesa y las sillas estaban en el mismo sitio, y la mesa redonda, en la cual habían comido durante siete años Eva y Jacobo.

Aquel día no había más que un cubierto, pero era el almuerzo acostumbrado: manteca, huevos, leche y miel en panal.

Marta no preguntó si durante aquella larga ausencia había cambiado Eva de costumbres, y le había servido el almuerzo como en otros tiempos; para ella, Eva, joven y bella, era la misma.

Cada cosa que veía causaba una nueva sensación á la joven; aquella anciana, entrando á la misma hora y anunciándole que estaba servida con las mismas palabras, la torturaba.

Al bajar, entrar en aquel comedor y sentarse á la mesa sola, le causó una mezcla de dulces y crueles pensamientos.

A pesar de que sus pesares la quitaban el apetito juvenil con que acostumbraba á festejar el frugal desayuno, no quiso contristar á Marta, y se sentó á la mesa procurando comer algo.

Marta la contemplaba satisfecha; en los ánimos vulgares, el apetito ó la apariencia de él es un sistema de convalecencia en los dolores físicos ó morales.

Cuando Eva comió un huevo, gustó la miel, probó la manteca y bebió la mitad de la taza de leche, Marta, no comprendiendo que era por ella por quien había hecho aquel esfuerzo, se dijo á sí misma:

—Vamos, vamos, no se ha perdido todo.

Por mucho deseo que tuviera Eva de bajar al jardín, vió que era imposible; pero no dudó que el sol, que empezaba á calentar, le secaría antes de concluirse el día.

En la casa tenía Eva varios sitios que visitar y que le eran tan queridos como el jardín; entre otros, el laboratorio de Jacobo Merrey, lo que le causaba una emoción profunda.

Aquel laboratorio que era su acostumbrada habitación, y en la cual en vano procuró ver la luz la noche de su llegada, aquella luz que era para los que necesitaban los cuidados del doctor el faro y la señal que los guiaba.

Ínterin ardía aquel quinqué, sabían que podían llamar; verdad es que, aunque estuviera apagado, llamaban, pero vacilando, aun cuando el doctor no dejaba de acudir al llamamiento.

En aquel laboratorio era en donde estaba el piano de Eva y en donde había tomado las primeras lecciones de música.

Allí era en donde, á consecuencia de una terrible tempestad y de un rayo que cayó á pocos pasos, había tocado de un modo tan notable la sinfonía que Jacobo procuraba que aprendiera hacia tres meses, sin poderlo conseguir.

También al laboratorio subía Bautista, al que reconocía por el singular sonido de su pierna de palo al dar en los escalones. Como si todos aquellos recuerdos debieran tener toda la realidad posible, subió al laboratorio, del que abrió la puerta con ansiedad supersticiosa, pareciéndole que estaba allí Jacobo ocupado en las experiencias misteriosas, y contempló las empolvadas teclas del piano, que nadie había tocado desde hacia tres años, cuando oyó en la escalera el rudo golpe de la pierna de palo de Bautista, que se acercaba.

Poco después se abrió la puerta y apareció gozoso y agradecido como siempre.

—¡Ah! querida señorita, exclamó juntando las manos; hace cinco minutos que he sabido vuestro regreso, y he venido corriendo para saber noticias vuestras y de mi querido amo el ciudadano Jacobo Merrey, porque si fuera él el recién llegado no sería prueba de que vos volveríais; pero siendo vos, nada impedirá que él vuelva también si vive; pero teneis los ojos irritados por el llanto y se conoce que habeis llorado mucho. ¿Ha muerto mi buen amo?

—No, amigo mío, gracias á Dios, contestó Eva.

—Como se han dicho tantas cosas en esta población, corrió la

noticia que lo habian matado en un motin; despues que lo habian asesinado en unas grutas, cuyo nombre no recuerdo; más tarde, á que se habia refugiado en América, y por último, durante diez y ocho meses nada se ha vuelto á saber de él. Pero estais de vuelta, y esto nos da la esperanza de volverlo á ver. ¿Vendrá? Decídmelo, para que todos los que le aman se alegren. ¡Ah! lo que los señores llaman canalla, tiene corazon y recuerdan todo; no son como los aristócratas, que solo recuerdan para causar pesares; no digo eso por vuestro padre, aunque pudiera aplicársele.

—Mi pobre Bautista, dijo Eva poniéndole en la mano un luis, que valia entonces en papel siete mil francos; toma, para tí.

Bautista miró á la jóven, miró la moneda, la besó, y dijo con voz triste:

—Siempre sois tan buena, señorita Eva.

Eva llevó el pañuelo á los ojos.

—Y además, desgraciada, eso es sabido; añadió.

—Mi buen Bautista, dentro de tres ó cuatro dias volverá el doctor, y espero que recobrareis la costumbre de venir todas las mañanas.

—¡Oh! señorita, ¿y Antonio tambien, cómo no habrá venido todavía? Le encontré en la calle y me dijo que venia para acá.

En aquel momento se abrió la puerta y entró Antonio, diciendo:

—Justicia de Dios, centro de verdad.

Señorita Eva, estais tan bella como siempre; tanto mejor.

—Buenos dias, Antonio, ¿cómo estais?

—Yo soy siempre el profeta enviado por Dios para extender la palabra del Señor.

—Y esa palabra, ¿cuál es? preguntó Eva.

—Les llegará su vez á los honrados, los desgraciados recobrarán la felicidad y los afligidos serán consolados.

—¡Dios os escuche!

Y Eva puso en la mano de Antonio otro luis, como habia hecho con Bautista.

Los dos ancianos extendieron sus manos hácia ella como para bendecirla.

Despues, apoyados uno en el otro, bajaron la escalera, y Eva los oyó alejarse.

Entonces se dejó caer en una silla delante del piano, y sus dedos cayeron sobre el teclado y ejecutaron una melodiosa sinfonía.

Parecia que aquella prediccion del loco habia despertado en su coracon la esperanza, tan fácil de extinguirse, y aquella esperanza, fugitiva como la razon del que la habia despertado, era la que inspiraba aquellos torrentes de luz que brotaban del instrumento mudo hacia tres años y abandonado en aquel laboratorio.

Siempre, á consecuencia de una excitacion musical, caia Eva, ó en un doloroso extásis, ó en un absceso de nerviosa alegría.

Entonces se extinguieron poco á poco los sonidos, inclinó la cabeza menlancólicamente sobre el pecho y no sintió nada de lo acostumbrado.

Cuando salió de aquel letargo, el sol parecia haber recobrado la fuerza de los dias de otoño, y las gotas de lluvia de la noche, que todavía no se habian secado, brillaban en el extremo de las hojas y de las yerbas como chispas de diamantes.